

Masculinidad, violencia y pasividad

Juan José Calzetta

Una característica de nuestra época, ya relevada desde hace varias décadas por filósofos y pensadores, es su fluidez, su tendencia a mutar de forma con rapidez. Si por un lado eso tiene el mérito de desacralizar las estructuras rígidas de otras eras culturales, por otro la caída de los lugares establecidos no parece conducir necesariamente a modalidades más libres de vínculo o de existencia. Cornelius Castoriadis (1997), por ejemplo, señaló, que si bien el derrumbe y la desintegración de los roles tradicionales -hombre, mujer, padres, hijos- podría ser considerado como un avance del individuo hacia la autonomía, sus consecuencias son ambiguas. Es necesario preguntarse si ese proceso se traduce realmente en la eclosión de nuevos modos de vida o, más bien, en la desorientación y la anomia.

En el terreno específico del género, se observan manifestaciones bien contradictorias. Por un lado es evidente el empeño que muchos ponen en la así llamada "deconstrucción" del rol del "macho" tradicional, en especial en las características que se le atribuyen de tendencia al dominio y agresividad. La puesta en escena, en los medios masivos, de formas alternativas de vivir y expresar la diferencia apunta en ese sentido. Por otro, la reiteración de las violaciones en manada, abusos, femicidios y agresiones protagonizados por grupos de jóvenes varones -fenómenos que a veces se dan "por oleadas", como si el ejemplo, propagado por los medios y las redes, sirviera para interpretar un anhelo secreto y extendido-, la periódica reaparición de movimientos políticos que exaltan a la vez la virilidad y la violencia y otras manifestaciones similares, muestra que las peores de esas tendencias siguen bien vigentes.

Esta realidad impone la necesidad de afinar el estudio de las modalidades actuales de construcción de subjetividad en el terreno específico del género, lo cual tiene una particularidad para el abordaje de lo masculino. La inmensa mayoría de los estudios de género recientes se refieren a lo femenino, como si sólo fuera ese el ámbito del desconocimiento. Circula la idea de que lo femenino es tortuoso y recóndito, mientras que lo masculino es claro, simple, directo y evidente por sí

mismo, una generalización que hasta muchas mujeres suelen sostener, en una especie de curiosa analogía con la posición de los genitales. Por supuesto, habrá que anotar en esta cuenta la actitud tradicional del psicoanálisis (y del mismo Freud) en la cuestión. Lo cierto es que la subjetividad masculina plantea tantos enigmas como la femenina y requiere igualmente de un esfuerzo de investigación.

Una de las preguntas que se ubica, entonces, entre las más relevantes es la que inquiere acerca de si la agresividad y la tendencia a la violencia son rasgos inevitables en la constitución subjetiva masculina. O, más aún: ¿Constituyen esas características la esencia de la masculinidad? ¿Es posible o razonable pensar en una "esencia" de la masculinidad? En caso de existir (o, al menos, funcionar como elemento diferencial), ¿es de naturaleza biológica o de origen cultural?

Si se aborda el problema desde la perspectiva freudiana, puede trazarse una línea que una los conceptos de pasivo, masoquista, castrado y femenino, y otra simétrica para activo, sádico, fálico y masculino. Puede agregarse "objeto" para la primera y "sujeto" para la segunda (Freud, 1923). Dado que la libido es activa buscadora de objetos, llega Freud a decir que la libido es masculina (Freud, 1932). La propuesta causa malestar sobre todo en la medida en que se confunde su referencia: en mi opinión está claro que no alude a diferencia de género ni de sexo sino a tendencias operantes en el sujeto, a partir de la convicción sobre la bisexualidad constitucional. Ciertamente puede objetarse la soldadura entre lo "pasivo" y lo "femenino", pero en realidad, el par activo-pasivo es el sentido más probable que asume en el inconsciente la dupla masculino-femenino.

¿Cuál es el significado de una "bisexualidad" constitucional? En principio, nada más que la posibilidad universal de gozar tanto de experiencias pasivas como activas, fácilmente observable en cualquier niño pequeño. Esta circunstancia, concebida como el aporte a la excitación sexual de toda experiencia suficientemente intensa, aunque sea dolorosa, encuentra elaboración en principio en el segundo de los "Tres ensayos de teoría sexual" (Freud, 1905) y es retomado dos décadas más tarde en "El problema económico del masoquismo" (Freud, 1924 a) (cabe señalar que, en este último artículo, cuando se refiere a "masoquismo femenino" aclara Freud que se basa sólo en el material de pacientes varones, pues carece de casuística de sujetos mujeres para el tema). La forma de goce sexual que finalmente encuentre cada uno dependerá del modo en que elabore las circunstancias de su vida.

En este punto es importante hacer una aclaración, porque el asunto se suele prestar a malos entendidos. Se ha hablado hasta el cansancio sobre el "biologismo" freudiano, una desviación que constituiría una limitación a su teoría. Pero debe

tenerse en cuenta que el núcleo de la argumentación freudiana en este tema no considera como esencial la intervención de tendencias biológicas innatas --más allá de la mencionada capacidad universal de goce tanto de situaciones pasivas como activas- aunque su presencia pueda admitirse en un modelo como el de las "series complementarias". Sí hace participar a la estructura anatómica, pero de un modo muy particular. En "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (Freud, 1923), de lo que se trata es de la percepción de la anatomía, y de la comparación de la propia con otra vista o supuesta. Se trata de las imágenes que el niño construye sobre el enigma de los cuerpos. A partir del acto perceptual y de su elaboración consciente-preconsciente, se producen importantes efectos para la constitución subjetiva, relacionadas con la aparición del complejo de castración.

Es decir que, desde esta mirada, el cuerpo es considerado como exterior al aparato psíquico, es un otro enigmático del que el niño debe apropiarse. La cuestión comienza a plantearse metapsicológicamente en Freud (1915) cuando señala que en los comienzos de la organización psíquica sólo se vivencia como propio el sector de la superficie corporal en contacto con el objeto en el momento de la experiencia de satisfacción, pero ese cuerpo es aun indistinguible del objeto. En esos momentos del narcisismo primario absoluto, el resto del cuerpo, sede de la necesidad y el dolor, es en principio ajeno, aquello de lo que es necesario huir. Desde este punto parten desarrollos muy importantes en autores posfreudianos.

En el desarrollo freudiano sobre la génesis de la concepción infantil en torno a la diferencia sexual, todo el proceso comienza con la percepción y continúa con la elaboración imaginaria (de las representaciones preconscientes sobre la anatomía y sus diferencias); es, por lo tanto, una concepción psicológica, referida en primer lugar a una actividad de la consciencia, cuyo producto pasa luego a formar parte del inconsciente reprimido. En este sentido, la muy citada expresión: "La anatomía es el destino" debe entenderse más bien como referencia a un territorio a conquistar que como anticipo de una conclusión inevitable.

Lo que sí es necesario reconocer es que en el desarrollo freudiano falta en ese texto la referencia a un aspecto específico de tal percepción. Es que para el momento de la vida en que estos procesos tienen lugar --digamos entre los tres y los seis años de vida-, un niño corriente ya se ha apropiado de buena parte del sentido que los sujetos de su entorno significativo otorgan a la cuestión de la diferencia, un tema estudiado por Pierre Bourdieu (2006), para quien el medio social instala en cada sujeto un programa de percepción que actúa con la fuerza de una pulsión. Es decir, esa percepción, esa comparación que el niño realiza

seguramente incluye, junto a su apreciación de las imágenes anatómicas de los objetos, el efecto de las "significaciones imaginarias sociales", como las llamó Castoriadis (1998). No es lo mismo la cuestión de tener o no tener pene en un ámbito patriarcal, en el que las mujeres aparecen ostensiblemente sometidas, que en un contexto más igualitario, donde las tareas y las responsabilidades se comparten.

El problema de la violencia

Es habitual que los desbordes de violencia o las agresiones injustificadas hacia el otro se atribuyan a una deficiencia de los diques inhibitorios superyoicos. Si esto fuera así, habría que suponer que esa carencia, en lo que hace a la agresión y la violencia, es particularmente relevante en el género masculino. ¿Se puede sostener una idea semejante? ¿Es siempre el superyó el responsable de la inhibición de las conductas destructivas hacia el otro? ¿Es necesariamente la amenaza equivalente a la castración la que frena la destructividad? El trabajo con niños pequeños y con pacientes con trastornos del desarrollo muy severos, al punto de que no han llegado a instalar los diques típicos del advenimiento del superyó, como el pudor o la repugnancia, sugiere otra cosa. En todo caso podría atribuirse a niveles del sistema superyó-ideal del yo más próximos a la consciencia. Pero entre el superyó preconscious y el inconsciente hay una importante diferencia cualitativa, una verdadera discontinuidad, como señala J.L. Valls (1983). Este último opera a nivel de proceso primario, por lo tanto guiado por el principio de placer-displacer, y es obviamente posterior, en tanto su heredero, a la represión del complejo de Edipo y de la sexualidad infantil. Su eficacia reside en el terror, cuyo origen queda sustraído a la consciencia. En los niños pequeños y en los autistas graves –supuestamente incapaces de ponerse "en el lugar" del otro (lo muestran en su dificultad para formular la "teoría de la mente" y en su ceguera para cuestiones como mío y tuyo, por ejemplo)- es necesario reconocer no pocas veces una temprana capacidad de cuidado del otro, junto a la aparición de tendencias sádicas, a las que contribuyen a moderar. Esa empatía surge del reconocimiento del semejante, y se organiza a partir de la identificación.

Propuse en otra oportunidad (Calzetta, 2017) que un comienzo de respeto por el otro –pensando esa actitud en términos más metapsicológicos que morales- suele surgir en el proceso de constitución subjetiva antes de que se consume la instalación del superyó, es decir, antes del naufragio del Complejo de Edipo. El

poder ponerse “en el lugar” del otro puede ser incluso anterior en su dimensión afectiva a la posibilidad de formular un juicio claro al respecto. La empatía podría anteceder, si se dan las condiciones propicias, a lo que se verifica en el nivel cognitivo.

Si las circunstancias en el entorno del niño lo permiten, el lugar del otro comienza a ser percibido y respetado, como consecuencia de un procesamiento yoico, en un momento bastante anterior al funcionamiento del superyó. Una viñeta, ya referida en el trabajo citado, puede ilustrar la idea. Se trata de una observación no clínica, en el ámbito de un jardín de infantes.

Dos niños de 4 años, sin antecedentes de conflictividad en la relación con pares, se asocian circunstancialmente para molestar a una compañera del jardín. No parecían haber habido conflictos previos, más bien se habían observado acercamientos frecuentes y cariñosos entre ellos. La agresión consistía en repetir, entre risas, las palabras que decía la niña, sin responder a sus preguntas. La pequeña se mostró dolida y angustiada ante lo que sintió como una burla, lo que, en un primer momento, no detuvo a sus momentáneos acosadores. Para ellos, que se sentían fuertes en esa circunstancial alianza, la violencia que ejercían era un juego que le permitía el control del objeto y, probablemente, una ostentación de supremacía fálica frente a los enigmas angustiosos que la diferencia sexual les planteaba.

El límite al dominio cruel es, efectivamente, la capacidad de compasión que surge en la medida en que el otro es reconocido como semejante. En el caso de estos niños de jardín, un maestro que se encargaba de coordinar una de las actividades, y con el que mantenían un vínculo afectuoso, al advertir la escena, decidió hacerles vivir a ellos mismos la experiencia. Durante unos instantes los trató como ellos lo habían hecho con su compañera. Cuando percibió el malestar que eso les ocasionaba, interrumpió la experiencia y les invitó a reflexionar: si ellos lo habían sentido tan desagradable durante unos pocos segundos, ¿cómo podría haberlo sentido la niña? Lo que la breve intervención del adulto le ocasionó a los chicos no puede ser definido sino como una “toma de consciencia” acerca del sufrimiento en otro, del cual ellos eran causa. A partir de allí se restableció la buena relación entre los niños y el clima cordial del grupo. La toma de consciencia se produjo como un proceso yoico, apoyado sobre el sostén de un adulto, sin intervención aun de los diques superyoicos.

La clave parece estar más bien en el repertorio de identificaciones disponibles, que servirían como otro punto de apoyo para la eficacia de una acción como la que, en el ejemplo mencionado, llevó adelante el maestro. Sobre la base de esas

identificaciones logra el niño diferenciarse del objeto y, a la vez, comenzar a ponerse en su lugar, a partir de lo cual es posible desarrollar empatía.

Por el contrario, habría que atribuir muchos de los actos de violencia a la influencia misma del sistema superyó-ideal del yo, que impone exigencias para cumplir con los aspectos más sádicos del ideal de masculinidad que opera en ciertos ámbitos. La idea freudiana acerca de una diferencia entre el superyó masculino y femenino permite entender ciertos hechos de la clínica. Desde esa perspectiva, el superyó masculino, más abstracto y rígido que el femenino, obliga al sujeto a posicionarse en un lugar de masculinidad idealizada, sosteniendo los atributos y emblemas del género y tiende a castigar severamente cualquier desviación de ese ideal.

Para cumplir con las exigencias del ideal del yo, el sujeto se ve entonces llevado a reprimir con violencia cualquier contenido pasivo, que se vivencia amenazante en el sentido de la feminización. La expulsión de esos contenidos del yo y el ataque al otro no-masculino, portador de esa diferencia, aparecen como parte del mismo movimiento. A la vez, el enfrentamiento con otro varón exige el triunfo: el vencido queda despojado de sus atributos viriles, castrado y feminizado. Si estos movimientos forman parte regular de la subjetivación del varón –y se manifiestan en diversas conductas sociales, de sentido simbólico, particularmente en el ámbito de los espectáculos deportivos-, la puesta en acto de esa violencia (femicidios, agresión homofóbica, destrucción física del rival) no puede atribuirse a la falta de ideal del yo sino más bien lo contrario: la actividad de un ideal desenfrenado, en el contexto de un aparato psíquico que no logra sostener adecuadamente el reconocimiento del semejante. Esto depende de un nivel más básico de constitución del psiquismo, de las identificaciones disponibles y del repertorio de representaciones imaginarias sociales activas para el sujeto en ese momento y lugar.

Podrá pensarse que esos sujetos no están ya en un nivel de funcionamiento psíquico compatible con la neurosis, que se trata de estructuras más primitivas. De acuerdo, pero esa es una frontera de difícil demarcación y, además, fluctuante, en función de las circunstancias ambientales (la influencia del grupo, por ejemplo) y del consumo de sustancias. André Green estudió bien ese borde y percibió cómo las manifestaciones del sujeto pueden oscilar –él lo estudió en la transferencia- entre un vertex narcisista y uno objetal. Por otra parte, no podría afirmarse que estas manifestaciones sean escasas o poco significativas.

Lo activo y lo pasivo

Llegado a este punto, hay dos circunstancias del proceso de constitución de la masculinidad que me parece necesario examinar con algo más de atención. Una, ya anticipada, es la forma que toma el final del complejo edípico en el varón. La otra, el modo en que las tendencias pasivas entran a formar parte de la estructura masculina.

Con respecto a la primera, es particularmente interesante la reflexión de Ricardo Avenburg (1998), que estudia en detalle la diferencia entre represión y naufragio, destrucción o despedazamiento del complejo de Edipo en el varón. Según plantea Freud (1925), "...el proceso descrito es más que una represión y equivale, cuando se desarrolla perfectamente, a una destrucción y una desaparición del complejo. Nos inclinamos a suponer que hemos tropezado aquí con el límite, nunca precisamente determinable, entre lo normal y lo patológico". Es decir, esa destrucción o naufragio corresponde a una liquidación del conflicto, que no subsiste ni siquiera a nivel inconsciente, como sí ocurriría en el caso de ser sólo reprimido. Es la solución acorde con el ideal, por supuesto nunca conseguida más que parcialmente. Pero esa destrucción relativa del complejo puede interpretarse como una verdadera desarticulación parcial de las representaciones-cosa que constituyen el fundamento desiderativo, un proceso similar al que ocurre en la esquizofrenia con las representaciones de objeto. Concluye Avenburg (op. cit. p. 77): "Así como con la represión del complejo de Edipo se dan las condiciones para el establecimiento de las psiconeurosis de transferencia, con la destrucción del complejo de Edipo se establece una perturbación narcisista y, como tal, asimilable a una psicosis: en este caso, una psicosis normal". En lo que tiene que ver con los aspectos destruidos, la masculinidad que adviene a posteriori sería abstracta, impuesta desde las formas culturales, a modo de una restitución. Por otra parte, si la representación, aunque sea parcialmente, no se reprime sino que se destruye, la pulsión misma experimenta una profunda transformación: la sublimación, que implica la pérdida de su naturaleza sexual y una consiguiente defusión de Eros y pulsión de muerte. Liberación, por lo tanto, de pulsión de muerte que se vuelve contra el sujeto, aumento de sentimiento inconsciente de culpa, aporte para el superyó-ideal del yo, "cultivo puro de la pulsión de muerte", como lo designó Freud. Se dan así, tanto desde la representación como de la pulsión, las condiciones para la instalación de ese superyó-ideal del yo abstracto, rígidamente ligado a las formas culturales y eventualmente violento con el yo.

En lo que hace a la relación de lo masculino con las tendencias pasivas, conviene comenzar por recordar que el proceso de constitución subjetiva se inicia siempre en la pasividad en relación con la madre, quien con su trabajo de cuidado amoroso seduce y abre zonas erógenas. Habitualmente la relación algo posterior con el padre se caracteriza por el disfrute de esa pasividad en un vínculo y un juego diferente, por lo general más vigoroso y a menudo con más contenidos agresivos incluidos. Ese goce ya sensual carece de toda referencia a la diferencia sexual, que no ha entrado aún en escena: se trata de actividad y pasividad, sadismo y masoquismo primarios, en un momento del proceso de constitución subjetiva en que el vínculo con el otro es ambivalente y la agresión se superpone con la ternura.

Ese vínculo se hace conflictivo en la fase fálica, con el surgimiento de los complejos de Edipo y de castración. Desde la perspectiva freudiana, las tendencias activas, sádicas y dominantes, construidas en la fase sádico-anal se resignifican en relación con la posesión de pene en la fase fálica. Hay razones para ello: la preferencia por lo grande, ya que el goce anal se obtiene en función de la cantidad de materia y la estimulación que produce su pasaje, combinando sensaciones de placer y dolor; o la forma de razonamiento infantil, que no reconoce la existencia de lo que no está a la vista, por ejemplo. Las tendencias pasivas, a su vez, parecen acomodarse a la falta de pene, por razones equivalentes. Pero otra vez habría que hacer intervenir aquí la presión de lo social, las significaciones imaginarias que refuerzan el sentido en una dirección determinada. Lo cierto es que las tendencias activas y pasivas son comunes tanto a niñas como a niños.

En el varoncito, la pasividad hacia el padre adquiere un tinte siniestro, en tanto el complejo negativo culmina también en la amenaza de castración. Pero la inclusión de las tendencias pasivas hacia el padre es necesaria para poder recibir de él auxilio en la construcción de la masculinidad y, en general, para permitirse el sujeto recibir algo de otro hombre. Silvia Bleichmar (2017) enfatiza que las tendencias homosexuales entran normalmente en la constitución psíquica del varón, al servicio del deseo de masculinización, y señala la regularidad de la fantasía inconsciente de recibir analmente el pene del padre y con él su potencia y virilidad. Señala la autora citada: "Que esta presencia inquietante del padre devenga patológica o estructural depende de las vicisitudes y destinos de los movimientos constitutivos que la engarzan efecto tanto de las alianzas edípicas originarias como de los traumatismos que el sujeto registra a lo largo de su constitución como sujeto sexuado".

Lo que se encuentra regularmente en la práctica clínica apoya esa idea. Así como, según propuso Freud, el complejo de Edipo permite a la niña poner sus

tendencias activas al servicio de la femineidad –mediante el encuentro con actividades propiamente femeninas en el terreno específico de la sexualidad: la conquista del hombre, portador del pene, mediante la seducción; la crianza del hijo, equivalente fálico simbólico- el movimiento descrito permitiría al varón poner sus tendencias pasivas al servicio de la masculinidad. Una serie de síntomas que suelen aparecer en la adolescencia –ideas obsesivas de contenido homosexual, fobias específicas o conversiones que afectan el funcionamiento genital- y formaciones reactivas e inhibiciones que marcan el carácter se encuentran a menudo relacionados con ese fantasma. Por otra parte, el refuerzo de la masculinidad vía ideal del yo –una masculinidad convencional, por cierto, como se señala más arriba- proviene de la libido homosexual cuya fuente es el complejo de Edipo negativo, que encuentra destino en esa instancia del aparato psíquico.

Los estudios antropológicos con respecto a lo masculino confirman esta orientación: según muestran varias indagaciones (reseñadas por Velásquez, 1998), en diversas culturas el aporte fálico es considerado necesario para que el joven logre salir del mundo de la madre, es decir, de la femineidad, en el que había transcurrido su vida hasta entonces. Un ejemplo citado, los baruya de Nueva Guinea –una sociedad de gran predominio masculino, que se manifiesta en todos los niveles de la vida social- se caracterizan por un largo y complejo proceso de iniciación en la masculinidad de los niños prepúberes, quienes son aislados durante diez años casi totalmente del contacto con las mujeres para reforzar su masculinidad. Durante ese período, deben además ingerir ritualmente semen de otros varones ya iniciados pero que no han tenido aún contacto sexual con mujeres. Eso reforzaría la superioridad masculina y su capacidad para dominar y controlar a las mujeres.

Conclusiones

Parece evidente, por lo visto hasta ahora, que la cuestión de la constitución de la subjetividad masculina dista de ser algo sencillo. De esa complejidad, estas reflexiones apenas han alcanzado a arañar la superficie. “Los hombres se hacen a golpes”, se repetía antaño, y todavía se lo escucha decir. No siempre queda tan claro de dónde vienen los golpes. Desde la entrada plena en la cultura (o sería mejor decir, desde que la cultura se hace carne en el sujeto, con el sepultamiento del complejo de Edipo y la instalación del superyó) el varoncito vive acosado por un

monstruo a cada lado del camino: la culpa por poder, y la angustia de no poder. No por inconscientes menos amenazantes.

Está a la vista que nuestro medio social actual –en un sentido cada vez más universal, en razón de la homogeneidad planetaria que facilita el uso de Internet y, en particular, de las redes sociales, el modo de comunicación e información privilegiado ente jóvenes- se libra una lucha intensa entre formas culturales tradicionales y otras que propician la libertad en las decisiones personales y, por lo tanto, en la forma de definir el género que se porta. Las batallas tienen lugar en diversos escenarios, pero se prolongan en la subjetividad de cada uno.

Si bien algo parece estar cambiando en el nivel de las significaciones imaginarias sociales, todavía pesa más el terror a la feminización que su aceptación como parte del bagaje con que cada uno cuenta. El miedo a quedar en la posición pasiva está a menudo en la base de trastornos del aprendizaje, y no sólo en las resistencias al análisis que señalaba Freud (1937). También en la ecuación etiológica de formaciones reactivas diversas, a veces de una violencia estremecedora.

La atávica obligación masculina de ser proveedor, protector y preñador (señalada por Gilmore, citado por Velásquez) está cada vez más fuera de lugar en estas sociedades actuales, pero igual sigue presionando desde algún lugar del ideal. Del mismo modo, la obligación de competir para marcar la superioridad fálica o la necesidad de defenderse con violencia de lo que amenaza con la feminización. Una violencia proporcional a la que ejerce sobre el yo un ideal a veces sin límites.

En la medida en que esas formas extremas se hagan acto intervienen si duda las significaciones imaginarias sociales imperantes en cada momento o lugar. Por ese lado el tema excede el terreno del psicoanálisis y deviene también sociológico y político. Pero conviene advertir que esas formas sociales, esos “programas perceptuales” no imponen cualquier contenido representacional. Por el contrario, su eficacia reside en que prescriben y enfatizan lo que el niño mismo encuentra en su proceso de constitución subjetiva. Se apoyan en esas concepciones, y al hacerlo les otorgan una fijeza que impide o, por lo menos, dificulta su resignificación en momentos ulteriores del proceso de constitución subjetiva. Sobreviven así en aparatos psíquicos aparentemente adultos y se transforman, inadvertidamente, en puntales de concepciones políticas e ideológicas basadas en el dominio de unos sobre otros.

Resumen

En las sociedades actuales la caída de los lugares establecidos no parece conducir necesariamente a formas más libres de vínculo o de existencia, lo cual es evidente en el terreno específico del género. Se hace necesario afinar el estudio de las modalidades de subjetivación en ese campo. La constitución de la masculinidad plantea tantos enigmas como la femineidad y requiere igualmente de un esfuerzo de investigación. Este trabajo parte de la pregunta sobre si la agresividad y la tendencia a la violencia son rasgos inevitables en la constitución masculina y la explora, a partir de Freud y otros autores, en particular en relación con el destino de las tendencias pasivas y la influencia del medio social.

Descriptores

Género. Subjetividad. Bisexualidad constitucional. Superyó-ideal del yo. Significaciones imaginarias sociales.

Masculinity, Violence and Passivity

Summary

In the current societies the fall of the established places does not seem to lead necessarily to more free modalities of bond or existence, which is evident in the specific terrain of gender. It is necessary to refine the study of the modalities of subjectivation in that field. The masculine subjectivity poses as many puzzles as the feminine one and also requires a research effort. This work starts from the question of whether aggressiveness and the tendency to violence are inevitable features in the male constitution and explores it, from Freud and other authors, in particular in relation to the fate of passive tendencies and the influence of social media.

Key words

Gender. Subjectivity. Constitutional bisexuality. Superego-ego ideal. Imaginary social meanings.

Masculinité, Violence et Passivité

Résumé

Dans les sociétés actuelles, la chute des lieux établis ne semble pas conduire nécessairement à des modalités plus libres de lien ou d'existence, ce qui est évident dans le terrain spécifique du genre. Il est nécessaire d'affiner l'étude des modalités de subjectivation dans ce domaine. La subjectivité masculine soulève autant d'énigmes que la féminité et nécessite également un effort de recherche. Ce travail part de la question de savoir si l'agressivité et la tendance à la violence sont des caractéristiques inévitables dans la constitution masculine et l'explore, de Freud et d'autres auteurs, en particulier en ce qui concerne le sort des tendances passives et l'influence de l'environnement social.

Mots clés

Sexe. Subjectivité. Bisexualité constitutionnelle. Surmoi-idéal du moi. Significations imaginaires sociales.

Bibliografía

- Avenburg, R. (1998). *Psicoanálisis: perspectivas teóricas y clínicas*. Publikar, Buenos Aires.
- Bleichmar, S.: (2017) "Paradojas de la constitución sexual masculina" *Psicoanálisis: ayer y hoy*.16, Revista digital AEAPG, Agosto.
- Bourdieu, P. (2006). *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.
- Calzetta, J.J. (2017). "Tiempos violentos", *Actualidad psicológica*, Año XLII, N° 460, Buenos Aires,
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Eudeba, Buenos Aires..
(1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Eudeba, Buenos Aires.
- Freud, S. (1905). "Tres ensayos para una teoría sexual". *Obras completas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.
1912, "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa..."
1915, "Pulsiones y destino de pulsión"
1923, "La organización genital infantil"
1924 a, "El problema económico del masoquismo"
1924 b. "El sepultamiento del Complejo de Edipo"
1925. "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos"
1932. "33ª conferencia: La feminidad"
1937. "Análisis terminable e interminable"
- Green, A.: (1990) *De locuras privadas*. Amorrortu, Buenos Aires,
- Valls, J.L.: (1983) "Acerca del superyó inconsciente". *Revista de Psicoanálisis*, XL, 3, Buenos Aires.
- Velásquez, L.S. (1998) "¿Qué es ser hombre? Reflexiones sobre la masculinidad desde el psicoanálisis y la antropología" *Revista colombiana de psicología*, 7, Bogotá.